



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13444

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—Extranjero: Tres meses, 10 fd.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MIERCOLES 12 DE SEPTIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartrre, 31.

Para EL ECO DE CARTAGENA

NUESTRA ACTIVIDAD

Los aficionados á jugar con los números para sacar de la estadística afirmaciones acerca del estado intelectual, moral y material de nuestro país, tendiendo algo que hacer con unos datos que vienen á mano, acerca de las profesiones á que se dedican los españoles, que transmito aquí con honrada fidelidad.

Estas cifras, sacadas de los documentos del Instituto Geográfico y estadístico, son una exposición de cómo se hallan distribuidas las actividades históricas, y cuáles son las profesiones más y productivas que entre nosotros hallan más adeptos.

He aquí los numeritos cuyas cantidades corresponden á cada 100 habitantes.

	Habitantes.
Sujetos sin profesión y sin clasificar.	49'53
Profesiones liberales.	2'41
Dedicados al estudio.	9'76
Asilados, pobres de solemnidad, etc.	0'52
Servicio personal y doméstico.	2'41
Agricultura.	27'55
Industria.	1'38
Comercio.	1'11
Transportes.	0'66
Artes y oficios.	4'67
Total.	100'00

Tomemos, pues, que en España la Agricultura ocupa el 27'55 de la población, es decir, algo más de la cuarta parte del censo.

Bien poca cosa es, por cierto, cuando Francia, nuestra vecina, para no ir más lejos, tiene las tres cuartas partes de los franceses ocupados en el cultivo de las tierras, y eso que España posee innegablemente mejores condiciones agrícolas que la vecina república, y puede por lo tanto dedicarse á un sin fin de cultivo como el añil, tabaco, caña, azúcar, algodón, etc., etc., produc-

tos que por sí solos bastan para enriquecer al país más pobre y esquilado.

Pero volvamos á los números de referencia para ver á los españoles agrupados por profesiones que siempre resultará más claro que haciendo referencia al tanto por ciento, y tomemos para ello la base del penúltimo censo, que arroja la cifra de 17.565.682 habitantes en toda la nación, y tendremos la siguiente clasificación, por cierto digna de ser conocida:

Dedicados á profesiones liberales.	224 261
Asilados y pobres de solemnidad.	91.226
Sin profesión y sin clasificar.	8.728.519
Servicio personal y doméstico.	423 999
Dedicados al estudio.	1.719 955
Agricultura.	4.854 724
Industria.	243 867
Comercio.	194 755
Artes y oficios.	823.310
Transportes.	115.763
Individuos del clero, entre seculares y regulares.	200.000
La cifra de los empleados públicos, según uno de los últimos censos.	97 258
La de las clases pasivas.	29.916
Abogados y curiales.	21.488

He aquí distribuidos por oficios y profesiones los diecisiete millones y pico de españoles.

De esta clarísima exposición se desprende en primer lugar un dato en extremo desconsolador: el de que España tiene habitantes 8.728.519 sin clasificar y por ende sin profesión conocida. ¡La mitad del censo oficial dedicado á la vagancia! ¡A cuán amargas consideraciones se presta esta desnuda demostración de la estadística!

Un país que tiene la mitad de su población dedicada á tomar el sol, no puede, por más que quiera, alcanzar á los grandes estados en su progresiva y vertiginosa carrera; aun cuando la otra mitad lucha y trabaja con fe y sin tregua, sus esfuerzos honrosos y laudables se verán frustrados siempre por la inercia de la otra mitad; lastre que, lejos de equilibrar la nave del Estado, tiene

Antología de poetas clásicos.

SONETOS

Por Leonardo de Argensola.

Imagen espantosa de la muerte.
Sueño cruel, no turbes más mi pecho.
Mostrándome cortado el nudo estrecho.
Consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte.
De jaspe las paredes: de oro el techo.
O el rico avaro en el augusto lecho
Haz que temblando con sudor despierte

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas:
O al sobornado siervo el hierro oculto:
El otro, sus riquezas descubiertas

Con llave falsa ó con violento insulto,

forzosamente que hundirla en el fondo... del abismo.

Con nueve millones de personas sin profesión determinada, que vagan libres por doquier, se comprende que adquieran las terribles proporciones que van adquiriendo todos los días la vagancia y el pauperismo; pero, cabe preguntar: ¿es que estos nueve millones de seres son realmente perezosos? ¿Es que el Estado les da todos los medios propios para desarrollar en ellos la actividad y la inteligencia; y acudiremos al presupuesto de Instrucción pública, y veremos que esos nueve millones son analfabetos por falta de escuelas, inactivos ó indolentes porque nadie se cuida de despertar su dormida actividad.

Nada añadiremos á la cifra exigua que corresponde á la Agricultura, porque ya hemos hablado de ello; buscaremos la tercera cantidad en importancia y daremos con la de 1.719.955 de los dedicados al estudio.

Muchos estudiantes son, por cierto, en una nación de 18 millones de habitantes; y si á aquella unimos los 2.000.000 de clérigos, los 97.258 empleados públicos, los 29.916 correspondientes á las clases pasivas y los 21.488 abogados y curiales, gente toda ella que tiene que haber estudiado, tendremos que en España hay más de

dos millones de hombres de carrera, esto es, la novena parte de la población total.

Bien está que un país quiera instruirse, pero no puede estarlo que un individuo de cada nueve se empeñe en alejarse del trabajo corporal y manual, base de la fuerza de las naciones, para ganarse tranquilamente el sustento detrás de un escritorio ó en ocupaciones análogas, en las cuales el salario se convierte en un perpetuo usufructo garantido por el Estado, por la diputación ó el municipio.

La cultura de un país adelanta bien poco con tener muchos abogados, muchos médicos, muchos sacerdotes, y militares, muchos curiales y burócratas, mientras las fuentes de la pública riqueza están en mantillas, y la masa, falta de toda instrucción, no tiene ni conocimiento de su existencia, y vegeta como un ser inconsciente... Por el contrario, en los países realmente cultos, veremos muchos agricultores y mineros; muchos comerciantes y corredores, todos ellos inteligentes ó instruidos, y pocos, los menos posible, burócratas y hombres de carrera...

Mientras tengamos el exceso que demuestran los datos apuntados, de estudiantes, asilados, mendigos, servidores y funcionarios mientras nueve millones de españoles no tengan ocupa-

Y déjale al amor sus glorias ciertas.

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero.
Que aquel blanco y carmín de doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira
Que el haberle costado su dinero.

Pero también que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.

Mas, ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así naturaleza?

Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul, ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!

Leonardo de Argensola.

ción conocida, mientras la instrucción pública sólo disponga de 40 millones de pesetas anuales, no saldremos del deplorable atascamiento en que nos hallamos.

R. I.

Ecos mundiales

La tragedia rusa.—Detención de diputados de la disuelta Duma

Todos los que en el mundo ennoblecen su condición de hombres, por la práctica de una vida moral profundamente humana, siguen con interés la tragedia que se desarrolla en Rusia.

El pueblo y la autocracia han entablado una lucha sin cuartel, en la que la violencia va tomando caracteres extremos, desde la disolución de la Duma. Por mucho menos la suave y á ratos sensible diplomacia ha intervenido en los asuntos interiores de los Estados... pequeños, pero la efusión de sangre rusa parece que aún no ha logrado enternecer á los representantes de las grandes potencias. ¿Cuestión de sensibilidad oportunista y acomodaticia!

Va llegando al paroxismo la violencia, no dándose tregua las partes beligerantes, influido el Zar por la camarilla palaciega que ha sumido al país en la guerra civil, después de haberle

—A casarme

Interrumpió aquella conversación la llegada de Juan Angel, que venía del pueblo trayendo la correspondencia. Entregó algunos periódicos y dos cartas, ambas firmadas por el señor A**, y una de ellas de fecha bastante atrasada.

Después que vi las firmas, se las pasé á mi padre

—¡Ah! sí,—dijo devolviéndome las,—esperaba cartas de él.

La primera se reducía á anunciar que no podría emprender en viaje á Europa sino pasados cuatro meses, lo cual avisaba para que no se precipitasen los preparativos del mío. No me atreví á dirigir una sola mirada á María, temeroso de provocar una emoción mayor que la que me dominaba; pero vino en mi ayuda la reflexión que hice instantáneamente de que si mi viaje no se frustraba, me quedaban aún más de tres meses de felicidad. María estaba pálida, y pretextaba buscar algo en su cajita de costura que tenía sobre las rodillas. Mi padre, completamente tranquilo, esperó á que yo concluyese la lectura de la primera carta para decir:

—¿Qué se va á hacer! veamos la otra.

Los primeros renglones, y comprendiendo que iba á serme imposible disimular mi turbación, me acerqué á

la ventana como para ver mejor, y poder dar así la espalda á los que me oían

La carta decía literalmente esto, en su parte sustancial:

«Hace quince días que escribí á usted avisándole que me veía precisado á retardar por cuatro meses más mi viaje; pero habiéndome alanzado cuándo y cómo yo no lo esperaba, los inconvenientes que se me habían presentado, me apresuro á dirigirle esta carta con el objeto de anunciarle que el 30 del próximo enero estaré en Cali, donde espero encontrar á Efrén para que nos pongamos en marcha hacia el Puerto el 2 de febrero.

«Aunque tuve el pesar de saber que una grave enfermedad lo había tenido á usted en cama, poco después recibí la agradable noticia de que ya estaba fuera de peligro. Doy á usted y á su familia la enhorabuena por el pronto restablecimiento de su salud

«Espero, pues, que no habrá inconveniente alguno para que usted me proporcione el placer de llevar la grata compañía de Efrén, por quien, como usted sabe, he tenido siempre tan particular cariño. Sirvase mostrarle esta parte de mi carta.»

Cuando volví á buscar mi asiento, encontré con las miradas de mi padre fijas en mí. María y mi hermana sa-

jaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Sólo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soñolientos; pero de tiempo en tiempo el bujío, guardián celoso de las espesuras, revoloteaba á mi alrededor, haciéndome oír su silbido siniestro

La casa, aun que iluminada ya, estaba silenciosa cuando entregué en la escalera mi caballo á Juan Angel.

Me esperaba mi padre paseándose en el salón: la familia se hallaba reunida en el oratorio

—Has tardado,—me dijo mi padre:—¿quieres que escribamos esas cartas?

—Quisiera que antes habláramos algo sobre mi viaje.

—A ver,—contestó sentándose en un sofá.

Yo permanecí en pie cerca de una mesa y dando la espalda á la bugía que nos alumbraba.

—Después de la desgracia ocurrida,—le dije,—después de esa pérdida, cuyo valor puedo evaluar, estimo indispensable manifestar á usted que no le creo obligado á hacer el sacrificio que le exige el complementar mi educación. Antes de que los intereses de la casa sufrieran este desfaleo, indiqué á usted que me sería muy satisfactorio en adelante ayudarlo en sus trabajos; y á su negativa de entonces nada pude replicar. Hoy las circunstancias son muy distintas: todo me hace esperar que usted